





## EL NAVÍO DEL REY



Richard Woodman

EL NAVÍO DEL REY

Traducción de Puerto Barrietabeña



ediciones Pàmies

Título original: *A King's Cutter*

Primera edición: septiembre de 2008

Copyright © 1982 by Richard Woodman

© de la traducción: Puerto Barrietabeña, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies  
Carlos Alonso, editor  
C/ Monteverde, 11  
28042 Madrid  
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-21-8

Diseño de la cubierta: Javier Perea  
Ilustración de cubierta: La Praia Bay, Santiago, Cabo Verde por Gilbert  
The Art Archive/Chateau de Blerancourt/Dagli Orti

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Para la tripulación del cúter *Kestrel*



# **PRIMERA PARTE**

**El Canal de la Mancha**



## Capítulo 1

Octubre - noviembre 1792

### La mano del titiritero

—Usted será —dijo Lord Dungarth, levantando las manos para enfatizar sus palabras— como la mano de la marioneta: no sabrá lo que el titiritero pretende, cómo se manipulan las cuerdas o por qué se le ordena que haga lo que deberá hacer. Y también, al igual que esa mano, se limitara simplemente a ejecutar las instrucciones que se le den de manera eficaz. Usted ha sido especialmente recomendado por su eficacia, Nathaniel...

Drinkwater parpadeó por el reflejo de la luz del sol que recortaba las siluetas de los dos condes. Más allá de las ventanas se veían las oscuras sombras de la flota del Canal anclada en las brillantes aguas de Spithead. Bajo sus pies sintió la enorme mole del *Queen Charlotte* meciéndose con la marea. Durante un par de segundos analizó la proposición en su mente. Tras seis años como suboficial en los buques balizadores de la Trinity House, al menos conocía el Canal, aunque la misión precisa del cúter armado *Kestrel* no le había sido revelada. Él había desempeñado labores de teniente provisional once años antes, cuando aún esperaba grandes cosas de su carrera. Pero ahora tenía más experiencia, estaba casado y ya casi demasiado mayor para seguir creyendo en las probabilidades de tener la fulgurante carrera en la Armada Real que un día le pareció posible. Había encontrado

un empleo satisfactorio trabajando para la Trinity House, pero no podía negar que el pulso se le había acelerado cuando Dungarth le explicó que había sido seleccionado para un servicio especial a bordo de un cúter directamente bajo órdenes del Almirantazgo. Su segundo interlocutor le dio mucha importancia a las implicaciones de esta misión.

—¿Bien, señor Drinkwater? —La profunda voz del conde Howe dirigió la atención de Drinkwater a las toscas facciones del almirante que mandaba la flota del Canal. Tenía que hacerse a la idea.

—Es un honor para mí aceptar, milords.

Lord Dungarth asintió con satisfacción.

—Me complace enormemente, Nathaniel, enormemente. Y sentí mucho que perdiera sus posibilidades de promoción al morir Hope.

—Gracias, señor. Tengo que admitir que fue un trago amargo. —Y sonrió, intentando con ello olvidar todo lo que había pasado desde que se había encontrado por última vez con Dungarth. Se preguntó si él habría cambiado tanto como John Devaux, anteriormente primer teniente de la fragata *Cyclops*. Algo más que el acceso por sucesión al título había afectado al conde; no era posible que solamente eso hubiera hundido la vivacidad y la fuerza de aquel hombre. Sí que podía haber causado la nueva introspección de milord, pero no ese toque de implacabilidad que coronaba todas sus afirmaciones. Y eso mismo era lo que parecía desprenderse de sus nuevas y misteriosas obligaciones.

Un mes después, Drinkwater ya había recibido sus órdenes y su nombramiento provisional. La despedida de su mujer lo había afectado profundamente. Si tenía algún recelo sobre su traslado de un buque balizador a un cúter armado, Elizabeth no lo había expresado. No era propio de ella intentar apartarlo de su misión, ya que ella lo había amado por su carácter eufórico y lo había visto languidecer cuando la Armada Real le falló. Lo

que no pudo evitar fueron las lágrimas que acompañaron su partida.

Su llegada a bordo del cúter se había mantenido todo lo secreta posible. Una neblina de finales de octubre cubría las marismas de Tilbury mientras buscaba un bote dando traspies entre las estacas negras que surgían, rezumantes del lodo, siguiendo la marca que señalaba la profundidad del agua. Acumulaciones de algas y paja, trozos de madera podrida y los detritos de la civilización flotaban a lo largo de la orilla del invisible Támesis. En algún lugar de la zona de Hope encontró un hombre y un bote y ambos habían remado sobre la superficie gris y cristalina, dejando atrás una boya de amarre que se mecía y gorgoteaba con la marea. Un cormorán levantó el vuelo desde el muelle salpicado de blanco y, por encima de sus cabezas, un pálido sol se abrió paso lentamente para disipar las gotas nacaradas de vapor.

El espejo de popa del cúter escapaba a la niebla, los cabos para los botes colgando sobre la marea desde los pescantes de popa. Pudo ver brevemente como en la popa estaban talladas unas hojas de roble y un nombre: *Kestrel*. Después subió a bordo donde se fijó en la gran cantidad de gente haraganeando en la cubierta, en el enorme mástil, la botavara y la cangreja y en la blanca enseña de San Jorge que se veía desconsoladamente decaída en la popa. Un hombre bajo y que parecía enérgico irrumpió en la cubierta. Tenía unos cuarenta años, cejas sobresalientes y unas maneras bruscas, aunque no maleducadas. Transmitía una impresión de eficiencia.

—¿Puedo ayudarle, señor? —Sus ojos azules le recorrieron con una mirada atenta.

—Buenos días. Mi nombre es Drinkwater, teniente provisional. ¿Hay algún bote fuera? —dijo señalando con la cabeza a popa, hacia los pescantes vacíos.

—Sí, señor. El chinchorro ha ido a Gravesend. Le estábamos esperando.

—Mi baúl está en el fuerte de Tilbury. Por favor, haga que lo traigan a bordo lo antes posible.

El hombre asintió.

—Soy Jessup, señor, el contraмаestre. Le mostraré su camarote. —Se giró hacia la popa y saltó al primer peldaño del tambucho. Al final de la escala Drinkwater se encontró en un pequeño vestíbulo. Tras ésta había un armero lleno de mosquetes Tower y alfanjes que brillaban débilmente. Justo delante de ellos había cinco puertas endebles. Jessup indicó la primera de ellas—. La cámara principal, los aposentos del capitán... que está en tierra ahora mismo. Ésta de aquí es la suya. —Abrió una puerta a estribor y Drinkwater entró.

Los camarotes de popa del *Kestrel* estaban situados entre la bodega y la bocina del timón. La escala por la que ellos habían bajado abandonaba la cubierta justo por delante de la caña del mismo. Frente a la base de la escala estaba la puerta de la cámara principal que ocupaba todo el ancho del barco. Las otras cuatro puertas daban acceso a minúsculos camarotes en los que el Almirantazgo había previsto que se alojaran los oficiales del cúter. Los dos situados más a popa eran meros espacios minúsculos llenos de todo tipo de objetos y claramente no estaban habitados. Los otros dos sí. Su camarote estaba a estribor. Jessup le dijo que el de babor era «para pasajeros», evitando así que le interrogara más en profundidad sobre él.

Drinkwater entró en su alojamiento y cerró la puerta. El espacio no tenía ni una silla. Una pequeña estantería estaba fijada al mamparo de pino. Una reducida mesa plegable estaba encajada junto a la estantería y a la vez servía como ingeniosa tapa para un armarito que contenía un cubo para hacer las necesidades por la noche. Un estante para una jofaina y una taza de peltre, aunque el camarote no disponía de ninguna de ellas y tres colgadores tras la puerta completaban el mobiliario del camarote. Subió a cubierta.

La visibilidad había mejorado y ya podía ver la línea de la costa de Kent. Se acercó a Jessup para preguntarle si el bote ya había regresado.

—Sí, señor, ha regresado y ha vuelto a marcharse. Lo he enviado a Tilbury a por su equipaje.

Drinkwater se lo agradeció, ignorando el escrutinio al que le sometieron los marineros de proa.

—Tal vez sería tan amable de mostrarme la cubierta —dijo Drinkwater tras carraspear.

Jessup asintió y caminó hacia la proa.

El enorme bauprés se introducía a bordo a través de la cadena de la trinca de la roda y se estibaba en enormes piezas de madera que se incorporaban al eje del cabrestante. Detrás había una escala que subía al castillo de proa, un gran espacio oscuro que llegaba hasta más allá del palo mayor, elemento que se elevaba desde la cubierta rodeado de batayolas, cornamusas, montones de retorno y rollos de cuerda.

—¿Cuántos hombres podemos albergar, señor Jessup?

—Una tripulación completa de cuarenta y ocho hombres, cuarenta y dos en este momento... Aquí está la escotilla, señor, con una plataforma incorporada. No da paso a una verdadera entrecubierta. Solemos usar ese espacio como almacén para los coyos y las velas y como bodega.

Jessup deslizó la mano por la regala del esquiife de babor que servía para calzar la escotilla. Ambos siguieron adelante en dirección a popa. Drinkwater se fijó en que la tablazón estaba llena de marcas y muy gastada.

—Los barcos se están empleando a fondo, por lo que veo.

Jessup emitió una breve carcajada.

—Sí, señor. A fondo.

Tras la escotilla estaban la chimenea de la cocina, las claraboyas de los camarotes y la escala, coronada por la bitácora de latón. Y, finalmente, la gigantesca caña curvada que dominaba la cubierta de popa, con el talón asegurado en el extremo superior de la mecha del timón, forrado de metal, que terminaba en una cabeza de halcón tallada en la madera, de ahí el nombre del barco<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El cúter se llama *Kestrel*, «cernícalo» en inglés (N. de la T.)

Jessup pasó la mano posesivamente por la orgullosa curva del saltillo de proa y señaló con la cabeza una pequeña escotilla con un candado, rodeada de rejillas, que llevaba al hueco de la roda.

—La escotilla de la santabárbara. —Se volvió hacia delante señalando los cañones—. Artillamos doce cañones, señor. Diez piezas de tres libras y dos piezas largas de bronce de cuatro libras a proa; disparamos andanadas que ascienden a diecinueve libras. El barco tiene setenta y dos pies de eslora en la cubierta de cañones y pesa alrededor de ciento veinticinco toneladas... —Jessup dejó que su voz se apagara, aún con una mirada llena de recelo que intentaba evaluar al recién llegado—. ¿Ha navegado antes en algún cúter, señor?

Drinkwater lo miró. Se iba a delatar si daba muchos detalles. Pensó en el buque balizador *Argus*. Ahora era el momento de mostrarse enigmático.

—Por todos los cielos, claro, señor Jessup. He servido largo tiempo en diferentes cúteres. Seguro que no veréis en mí carencias en ese sentido.

Jessup sorbió por la nariz. De alguna forma esa acción le concedió a Jessup el derecho a pronunciar la última palabra, como si con ello indicara que sabía secretamente que Drinkwater no podía formar parte de todo aquello. Aún.

—Pues éste es el barco, señor, con todas sus trampas. —Jessup caminó hasta el costado del barco como para reafirmar lo que acababa de decir. Y, para sellar la ventaja que tenía sobre el recién llegado, escupió con fuerza a las tranquilas aguas del Támesis.

Poco antes del mediodía del día siguiente, el capitán subió a bordo. El teniente Griffiths se quitó el sombrero, le lanzó una mirada de apreciación al barco y olfateó el viento. Respondió al saludo de Drinkwater con un gesto de cabeza. El teniente era alto y de hombros caídos, sus facciones tristes estaban coronadas por una melena leonina de pelo blanco que le proporcionaba, a sus se-

senta y tantos años, un aire patriarcal. El galés de atípicos silencios parecía personificar algún tipo de espíritu antiguo, algo celta, cimbriico o incluso gnómico. Nacido en Caernarfon, había servido como ayudante en los barcos negreros de Liverpool antes de ser reclutado por la leva forzosa para la Armada. Al servicio del rey había ascendido gracias simplemente a su habilidad y había conseguido escapar a ese grado de intolerancia que cultivaban la mayoría de sus antiguos compañeros de rancho y que había estropeado la carrera de muchos. Lord Richard Howe le había otorgado su nombramiento tras declarar que no había ningún hombre más adecuado para ascender en la Armada Real que Madoc Griffiths, un hombre que Su Señoría calificó con la curiosa expresión de «ornamento para su profesión». Dejando aparte su particular forma de expresarse, «Dick, el Negro» tenía razón. Como Drinkwater aprendería en los días venideros, no había ninguna faceta de las actividades que se realizaban en el cúter que su nuevo oficial no dominara a la perfección. Su primera y superficial impresión de que su nuevo superior iba a ser una reliquia rayando la jubilación quedó casi instantáneamente descartada.

El recibimiento que le dio a Drinkwater fue cauteloso. En un silencio que resultaba desconcertante, Griffiths examinó los papeles de Drinkwater. Después se echó hacia atrás y examinó con toda la calma del mundo al hombre que tenía delante.

Drinkwater, al que sólo le faltaba una semana para cumplir los veintinueve, era enjuto y de estatura media. Su tez curtida hablaba de un trabajo continuo en el mar. Los ojos grises eran atentos e inteligentes, capaces tanto de la concentración como de la determinación. Trazas de estas cualidades quedaban patentes en las arrugas que destacaban al extremo de sus ojos y en el rastro pálido de una cicatriz que tenía junto al ojo izquierdo. Pero los surcos que salían de su nariz recta para acabar en las comisuras de su boca bien formada eran prematuramente profundos y parecían esconder algo más que una leve insinuación de pasión.

¿Había algo de debilidad ahí?, se preguntó Griffiths mientras evaluaba la frente alta y la mata de pelo castaño echada hacia

atrás para formar una cola de caballo sujeta con una cinta negra. Había algo de sensibilidad, consideró, pero nada de sensualidad; la cara se veía demasiado abierta. Entonces lo supo: la pasión del temperamento se escondía tras las duras comisuras de la boca, un temperamento nacido de la decepción y la desilusión, ocultas por los ojos desapasionados, pero aún reconocibles para el galés. Había algo reprimido en el hombre que tenía ante él, una energía latente que Griffiths, en su aislamiento personal, encontraba tranquilizadora.

*Dim*, pero si este hombre en un tremendo luchador..., murmuró para sí y se relajó.

—Siéntese, señor Drinkwater. —La voz de Griffiths era profunda y tranquila, un detalle más que contribuía a la impresión de irrealidad. Pronunció las palabras con esa claridad de dicción que caracterizaba a la mayoría de los de su misma procedencia—. Sus papeles hablan muy bien de usted. Veo que tiene la categoría de suboficial y que estuvo provisionalmente al mando de una nave en los momentos finales de la Guerra de la Independencia americana... ¿Nunca llegó a confirmarse su nombramiento?

—No, señor. Me dieron a entender que el asunto se le había presentado a sir Richard Kempenfelt, pero... —dijo y se encogió de hombros al recordar la promesa del capitán Hope cuando se fue para asumir el mando de un buque de guerra que finalmente se hundió. Griffiths levantó la vista.

—El *Royal George*, ¿no es así?

—Sí, señor. No me importó mucho en aquel momento...

—Pero diez años es demasiado tiempo para seguir guardando la esperanza de recibir un ascenso. —Griffiths terminó su frase. Ambos hombres sonrieron y los dos tuvieron la sensación de que habían traspasado una barrera—. Aún así usted ha adquirido una experiencia excelente en los barcos de la *Trinity*, ¿cierto?

—Eso creo, señor. —Drinkwater notó la aprobación de su superior.

—Para mi propia tranquilidad personal, *bach*, tengo que pedirlos que juréis que nunca vais a repetir fuera de estos mamparos nada de los que se trate aquí entre nosotros.

El tono de Griffiths era suave aunque inflexible y sus ojos se tornaron fríos y permanecieron así durante un momento. Drinkwater cerró su mente a la repentina visión de los hechos atroces que podían estar por venir. Recordó otro secreto que conoció años antes y que culminó en una muerte en las marismas de Carolina. Suspiró.

—Tenéis mi palabra de oficial del Rey —dijo Drinkwater devolviéndole la mirada. La sombra que los había cruzado un momento antes no le pasó inadvertida a Griffiths. El teniente se relajó. De modo que, pensó, el joven también tenía experiencia en eso.

—*Da iann* —murmuró—. Este cúter está bajo órdenes directas del Almirantazgo. A mí, hum, me han hecho un encargo un tanto inusual. Tendremos que ocuparnos de ciertos asuntos gubernamentales en la costa francesa, en momentos concretos y ubicaciones precisas.

—Entiendo, señor. —Pero lo cierto era que no lo entendía. En un intento por conocer más detalles añadió—: ¿Y vuestras órdenes provienen directamente de Lord Dungarth, señor?

Griffiths volvió a contemplarlo y Drinkwater temió haber hecho una pregunta inoportuna. Sintió como el color inundaba sus mejillas, pero Griffiths dijo:

—Oh, había olvidado que lo conoce de la *Cyclops*.

—Sí, señor. Está muy cambiado, aunque lo cierto es que han pasado ya algunos años desde la última vez que coincidimos.

Griffiths asintió.

—Sí, y el cambio le parece inquietante, ¿verdad?

Ahora fue Drinkwater quien asintió al darse cuenta de que Griffiths había vuelto a expresar sus propios sentimientos.

—Perdió a su mujer en el parto, supongo que lo sabrá.

Drinkwater no solía estar al día de los cotilleos de sociedad, pero sí que se había enterado del matrimonio de Lord Dungarth

con Charlotte Dixon, la hija de un comerciante que se había enriquecido haciendo negocios con la India, de fabulosa riqueza y destacable belleza. Había oído que incluso George Romney había caído en la tentación de hacerle justicia a esa hermosura con un retrato. Ahora empezaba a darse cuenta de cómo la pérdida de la condesa había marchitado esa alma, que una vez estuvo llena de vida, dejando una amargura implacable.

Como si quisiera confirmar sus pensamientos, Griffiths añadió:

—Supongo que si no se hubiera volcado en la campaña contra la República Francesa se habría vuelto loco...

El hombre mayor se levantó y abrió un armario. Sacó dos vasos y una jarra, sirvió el vino de Madeira y cambió hábilmente de tema.

—El nombre que le han dado al barco es verdaderamente acertado, señor Drinkwater. —Volvió a sentarse y continuó—: El *Falco tinnunculus* se caracteriza por su capacidad de mantenerse inmóvil en el aire hasta establecer la posición exacta de su presa antes de lanzarse en picado sobre ella. Se alimenta, señor Drinkwater, de ratones, insectos y escarabajos; animales pequeños, *bach*, pero que pueden devorar una viga de roble completa, fíjese sino en los escarabajos... —Hizo una pausa para apurar y volver a rellenar su vaso—. ¿Ve lo que quiero decir con esa alegoría?

—Yo... Sí, eso creo, señor. —Griffiths rellenó también el vaso de Drinkwater.

—He mencionado estos detalles por dos razones. Lord Dungarth me habló muy bien de usted, en parte por que ya le conocía, aunque también por la recomendación que había recibido a su vez de la Trinity House. Por ello espero que la confianza que yo deposite en usted no se vea defraudada. Será el responsable de la navegación. Las quejas a sotavento no contribuyen a nada bueno cuando se trata de operaciones secretas. ¿Me comprende, verdad?

Drinkwater asintió, consciente de la ironía deliberada y manteniendo la impresión agradable que tenía de su nuevo superior.

—Muy bien —continuó Griffiths—. La segunda razón no es tan fácil de confesar... Sólo se lo digo, señor Drinkwater, porque hay posibilidades de que el mando vuelva a caer en sus manos, quién sabe si en circunstancias adversas o en algún momento inconveniente... —Drinkwater frunció el ceño. Eso resultaba más alarmante que todas las anteriores revelaciones a medias—. Hace muchos años, en la costa de Gambia, contrae unas fiebres. Eso hace que de vez en cuando sufra convulsiones.

—Pero, si no se encuentra bien, señor, podría pedir que...

—¿Qué me sustituyan? —Griffiths alzó una ceja indignada para después rechazar las disculpas de Drinkwater con un ademán—. Mire, sólo he pasado en tierra unos dos años de los últimos cincuenta. Así que no me siento inclinado a echar raíces allí en este momento.

Mientras Drinkwater digería esa información, la cara de Griffiths se volvió nostálgica repentinamente, un viejo perdido en sus recuerdos. Terminó su bebida, se levantó y abandonó en silencio la cámara, dejando al oficial sentado a solas con su vino.

Por encima de sus cabezas, la bandera blanca crujía por la fuerte brisa mientras el gran cúter navegaba a barlovento con la vela mayor arizada a medias. La verga de gavia estaba arriada hasta su tamborete y la verga inferior tenía atados los machos de la vela del estay que se había largado. En la mitad del pesado baurés, el tormentín era como una pantalla, mojado por los rociones y brillando ligeramente a la luz del sol que se filtraba desde detrás de los oscuros montículos de los cúmulos al oeste. El viento soplaba en contra del refluo de la marea hasta provocar un mar desagradable y picado que se tornaba de un gris blanquecino a la luz del anochecer mientras bullía junto a los costados del barco y tiraba del bote que iban remolcando muy cerca de la popa. La proa redonda resistía los embates y enviaba rociones de espuma que salpicaban sobre la barandilla.